

Ilusión, creencia y verdad¹

*Myrta Casas de Pereda*²

Resumen

Retomando reflexiones de trabajos anteriores sobre hechos de estructuración psíquica, se subraya la importancia de la simbolización como trabajo sobre la ausencia.

En el tiempo demorado de la simbolización de la infancia, se pone en evidencia los efectos de la indefensión (*hilflosigkeit*) y la importancia radical del otro: “el semejante” de la Acción Específica freudiana, la madre en su función simbólica.

Surge lo enigmático, verdadera función de enigma *como* efecto de la división de las instancias (división del sujeto como un *elemento* consustancial, entonces, a los hechos de estructuración. Es el contexto que da lugar a un espacio-tiempo de ilusión y creencias. Es también el espacio tiempo de la “Metáfora Viva”, ámbito de la desmentida descrita en trabajos anteriores.

Tránsitos (en ida y vuelta) de la *darstellung* (figuración) a la *vorstellung* (representación), como vicisitudes del deseo y la defensa.

En el cotejo con los aportes de D. Winnicott sobre la ilusión en el área de la experiencia, se propone que la ilusión debe pensarse en *par* dialéctico *con* la desilusión, siendo ambas expresión de expectativas y deseos inconcientes.

El deseo de saber (funciones yoicas) sostiene ilusiones y creencias (en las que ubico también las teorías sexuales infantiles) que aparecen como respuestas a las preguntas

¹ Conferencia para el panel sobre Winnicott -Primer Encuentro winnicottiano de Latinoamérica- 13 y 14 de noviembre de 1992 -Asociación Psicoanalítica Argentina. Buenos Aires.

² Av. Gral. Rivera 2516. Montevideo. Uruguay.

(enigma), al no saber propio de toda estructuración subjetiva que incluye las defensas: represión, desmentida, etc.

La ilusión, las creencias como el sueño, figuran realizaciones de deseo (no satisfacción sino realización).

Se rastrea la etimología del término ilusión para apoyar la fuerza de la imagen y acercamos así al contexto narcisista propio de estos tiempos en que nace la ilusión. El concepto de “ilusión de unidad” de M. Milner ilustra bien la raíz narcisista constitutiva de la ilusión, que abre vías a los ideales por un lado, pero que también representa un riesgo de entronización dual, de obturación del enigma, de control de la ausencia (magia) en vez de su elaboración: es decir, trabajo de simbolización.

A las propuestas winnicottianas se acota la idea de que es área de creación en tanto se le abre camino al deseo a través de la respuesta del otro.

A través de estas ideas surge que en estos conceptos de ilusión y Creencias se juega algo verdadero en el sentido de constitutivo de la Subjetividad.

Summary

Work: Illusion, Belief and Truth

Continuing with thoughts regarding psychic structuring elaborated in previous papers, we underline the importance of Symbolization as the working through of absence.

The effects of helplessness (*hilflosigkeit*) and the radical importance of the other: the fellow creature of the Freudian Specific Action, the mother in her symbolic function, are evidenced during the protracted time of infantile symbolization.

The enigmatic, the true function of the enigma, appears as a consequence of the

division in agencies the division of the subject) Contingent to Structuring events. It is context which gives way to the space-time of illusion and beliefs. It is likewise the space-time of the “Live Metaphor”, the milieu/environment of denial, described in previous papers.

Comings and goings from *Darstellung* (figuration) to *Vorstellung* (representation) are considered as part of the vicissitudes of desire and defense.

When correlating with contributions made by Winnicott on illusion, in the area of experience, we propose that it be considered as part of a dialectic pair together with disillusion -both expressing unconscious expectations and desires (inconscious).

The desire to know (ego functions) supports illusions and beliefs (included among infantile sexual theories) appearing in response to questions (enigmas): the not-knowing proper to all subjective structuring which includes defenses, such as repression, denial, etc.

Like the dream, illusion and beliefs figure realizations *of* desire (not satisfaction but realization).

We trace back the etymology to support the strength *of* image and thus come closer to the narcissistic context pertaining to the times during which illusion is born. The concept of “illusion of unity” coined by M. Milner serves to illustrate the constitutive narcissistic root of illusion which on the one hand opens the path for ideals, but which also represents a risk of dual enthronement, the obturation of the enigma, control of absence (magic), in lieu of elaboration (work of symbolization).

To Winnicott’s proposal, we therefore add the idea that it is a creative area insofar as the response given by the other opens a path for desire.

We therefore think that something true, in the sense of constitutive of subjectivity, is at stake in the concepts of illusion and beliefs.

**Descriptores: ILUSION / CREATIVIDAD PRIMARIA / DESEO /
FENOMENO TRANSICIONAL**

En un trabajo anterior (2) me planteaba como propuesta a desarrollar, que el niño en su indefensión constitutiva necesita del otro para que el signo se haga símbolo, que de lo universal circundante, de lo real a ser aprehendido, pueda pasarse en ese instante de *aprehensión-simbolización*, a la marca, símbolo que constituye de ahí en más su singularidad; del mundo a lo personal, del signo al símbolo.

La simbolización, en tanto trabajo sobre la ausencia, es también articulación inconciente, presencia del sujeto del inconciente. Y en el acontecer-experiencia de innumerables puestas en escena, se anudan momentos de simbolización en efectos *a posteriori*. También planteaba que la satisfacción de una necesidad del bebé tiene que conducir a un plus nunca colmado que habilite la articulación simbólica de un pedido (*demanda*) que se *produce* a través del discurso infantil (cuerpo y voz).

El niño busca, entonces, lo que la madre puede dar como razón de su amor y esto es encontrado”, significado a través de signos icónicos o indiciales, señales que hablan de su amor pero que sólo lo presentan o representan. Un objeto natural nunca va a colmar o rellenar ese espacio simbólico y esto es esencial en todo proceso de simbolización, donde lo que está en juego es, precisamente, una transformación del objeto natural en objeto simbólico (pérdida y adquisición presentes en toda metáfora).

Y este procesamiento implica un tiempo demorado en el que la ausencia se desmiente en la presencia de un objeto transicional, por ejemplo. Y es aquí donde la función materna deberá habilitar la pérdida del goce transitorio de una desmentida y permitir la pérdida reiterada del objeto.

Pienso entonces que la simbolización es un procesamiento escandido en la infancia, donde el objeto transicional se nos ofrece como testimonio de un momento de la simbolización; un corte de tiempo lógico suspendido que implica un significante encamado, o, como lo he denominado, una metáfora viva³ en vías de realización.

³ Ver: Myrta Casas de Pereda: El Juego y la simbolización (2). Myrta Casas de Pereda: Estructuración Psíquica (3).

El niño se demora en la simbolización de la pérdida, que abarca desde la ausencia de la madre a la ausencia del pene de la madre, según la fase fálica de la libido freudiana. Entre ambos, todo el abanico de pérdidas señalizadas por su apuntalamiento en lo oral, lo anal, lo fálico, a lo que se ha agregado lo escópico y la voz.

Hay, pues, una prevalencia de tiempos semióticos sobre los tiempos simbólicos en este proceso. Es un tiempo de la vigencia del significante analógico (11), del significante gestual, o dicho de otro modo, es el valor significativo del gesto y la acción. Es el ámbito privilegiado de la imagen, y en ella, como señala J. Fló (5), *“las cualidades visuales no están mencionadas sino experimentadas.”*

Aparece entonces la palabra experiencia, y con ella la ilusión, lo ilusorio, y estamos ya en Winnicott, área de la experiencia, área de la creación de la ilusión, el espacio transicional, el espacio y los objetos transicionales, creación princeps del autor.

Para pensar la experiencia y no quedamos en el ámbito de la psicología, sino poder ubicarla como acontecimiento estructural en la perspectiva psicoanalítica, vamos a pensarla como un acontecer donde la presencia y la ausencia juegan un rol preponderante. *El* niño necesita del objeto (la madre) y de los objetos (juguetes) mediadores, que aluden a acontecimientos fácticos encamados en estas primordiales tareas de simbolización.

Esto organiza un imaginario fuerte, donde la imagen como acontecer adquiere valor significativo, acción con valor significativo (gesto, juego que remiten a la “acción específica”). Se hace así presente el fantasma y se inaugura en ese mismo interjuego la ilusión. Dialéctica presencia-ausencia que se juega entre ilusión de unidad y separación o pérdida, constituyendo el par esencial *ilusión-desilusión*.

En este avatar constitutivo, la aparición de un mal vínculo, de una mala unión podemos pensarla como efecto de una alteración, distorsión, en este interjuego de unión-separación, donde precisamente la mala unión es consecuencia de un déficit en la separación. Unión no es fusión sino relación y, por ende, está aludida allí la discriminación.

Winnicott, en su teorización, nos indica que esta perturbación conduce a un prematuro desarrollo del yo. En una comunicación a Marion Milner (10), le dice: *“se podría pensar en la separación como causa de (a primera idea de unión. Antes no hay idea de unión, hay solo unión”*.

En esta propuesta winnicottiana estamos muy próximos de la idea hegeliana de la acción de lo negativo que conduce a la separación; a diferencia que en Hegel, cuando transita en su dialéctica desde los opuestos antagónicos a la relación dialéctica, no sólo hace intervenir a la acción de lo negativo como aprehensión-separación, sino que hace aparecer un elemento tercero, que es el deseo. Esta es la dimensión que Lacan retorna de Hegel para pensar en el sujeto del inconciente.

Esta digresión es para subrayar que en este ámbito de la ilusión winnicottiana es necesaria la presencia de un tercer elemento. El deseo, pienso, es lo que se adueña de la ilusión, corre en la metonimia, aparece en el significante gestual que convoca, llama, obliga casi al deseo de la madre a hacerse presente. Y éste se hace presente también en su mayoría en significantes analógicos. La analogía, como la metonimia, hacen evidente esa circulación del deseo. Producción psíquica, entonces, el gesto, el juego, la experiencia.

Surge el fantasma y la ilusión. Fantasear es desear, ilusionarse en creer, y en este ámbito resulta imprescindible que la madre haga espacio a la creencia, que le dé consistencia, que el niño confíe en la potencia parental para hacerlo vivir, “omnipotencia” que es siempre del otro. Los Reyes Magos son los padres, pero se necesita creer que los padres sean reyes y magos para habilitar la creencia-creación del fantasma y del pensamiento, y para tolerar la pérdida (de la ilusión, de la creencia). Salir de la desmentida, hacer eficaz la represión que no es sino sostener la castración.

Crear un objeto que ya está ahí es un instante de unión, fusión con el otro (el semejante, el pecho), una experiencia no yo muy placentera que implica la vida misma. Esa afirmación es el Si, pero es al mismo tiempo ilusión de unidad, de no separación, de no discriminación, de no pérdida, de no símbolo. Es una señal de experiencia.

Y para que haya “*primera posesión no yo*” debe haber un No consistente⁴, una separación que hace surgir la posesión. Es el tener para ser, que está implícito en la propuesta freudiana de su texto *La negación*, donde propone en la experiencia de afirmación-expulsión, el juicio de atribución precediendo al juicio de existencia.

La ilusión, entonces, hace presente el deseo y hay todo un tránsito donde esto recalca en la figuración; de *la Darstellung* (figuración) a *Vorstellung* (representación) en movimientos de ida y vuelta.⁵

S. Freud, en 1927, en el hermoso texto *El porvenir de una ilusión* (6), reflexiona en tomo a las representaciones religiosas, derivadas directas del desvalimiento (*hilflosigkeit*): “*la Providencia Divina bondadosa que calma la angustia frente a los peligros de la vida*”. Y reúne, articulando con lo anterior, la institución de un orden ético (demanda de justicia) y la prolongación de la vida más allá de la muerte.

En este contexto, relativo a la génesis de las representaciones religiosas “*se plantea que éstas son ilusiones*”; a... *cumplimientos de los deseos más antiguos, más intensos, más urgentes de la humanidad*”; y subraya: “*el secreto de su fuerza (de la ilusión) es la fuerza de los deseos*”.

Por otra parte, Freud propone algo muy significativo: “... *a partir de las premisas de este sistema se desarrollan respuestas a ciertos enigmas que inquietan el apetito humano de saber*”. Y dichos enigmas son fundamentalmente para Freud “*la génesis del mundo y el vínculo entre lo corporal y lo anímico*”.

Están aquí en juego el **saber** y el **no saber**, par fundamental en el ámbito de la estructuración psíquica, puesto que hace a lo esencial de la desmentida; defensa que he jerarquizado en un trabajo anterior⁶ y que Freud ubica desde los comienzos de la vida psíquica, o por lo menos muy tempranamente, en la medida que ella subyace como contracara dialéctica a la dificultad para tolerar la ausencia.

⁴. Myrta Casas de Pereda: “Estructuración Psíquica. (3)

⁵ J. Flo señala que la *Ilusión se torna imagen sólo cuando es posible distinguirla de la realidad*”. Va más allá de las concepciones filosóficas; desde Kant la ilusión aparece como “*ese juego que permanece Incluso cuando se sabe que el presunto objeto no es real*”. “*La ilusión a diferencia del error -señala N. Abbagnano- no aminora al ser reconocida como tal*”.

⁶ Myrta Casas de Pereda: Estructuración Psíquica (3)

Saber y **no saber** entonces, que también están presentes en el aforisma de O. Mannoni, el “*ya lo sé pero aún así*”. Lo menciono porque entiendo que está allí presente el meollo estructural del juego en la infancia, ámbito de la desmentida y de las creencias, como lo propio del discurso infantil: el niño sabe que está jugando pero cree firmemente en lo que está realizando.

Creo que a través de la obra freudiana se reitera la singular proximidad entre la pulsión de saber, el enigma de la Esfinge (*Tres ensayos de teoría sexual*) y las teorías sexuales infantiles (enigmas y “sus respuestas”). Aquí, nuevamente, en *El porvenir de una ilusión*, la respuesta al enigma como pasión de saber (y allí se hace presente la necesidad de saber del deseo del otro) queda vinculada a la ilusión como respuesta en el sentido de una ilusión mayor, como es la construcción religiosa que va más allá de la muerte.

Vaivenes entre la *ilusión* y la creencia de un padre universal que ama a sus hijos, vaivenes del desvalimiento a la protección del amor. Freud subraya que “*lo característico de la ilusión es que siempre deriva de deseos humanos y en este aspecto se aproxima a la idea delirante de la psiquiatría*”. Destaca que, a diferencia de la idea delirante, la ilusión no necesariamente es falsa, irrealizable o contradictoria con la realidad. Concluye en estas páginas en llamar ilusión a “*una creencia cuando en su motivación esfuerza sobre todo el cumplimiento de deseos; y en esto prescindirnos de su nexa con la realidad efectiva, tal como la ilusión misma renuncia a sus testimonios*”.

Entre el cumplimiento de deseos y la insatisfacción de deseos se desarrolla el borde creativo de lo humano, y el fantasma, la fantasía, es el primer paso de la insatisfacción de deseos, al tiempo que es también la realización del mismo (como veremos más adelante).

Estoy aludiendo al ámbito de la acción específica freudiana, donde la presencia del semejante pone de relieve la posibilidad del pensamiento (juicio). Y allí, la alucinación mentada que describe Freud, no sería sino el surgimiento del fantasma. Esbozo de una fantasía de completud de unión con la madre en la alucinación gratificatoria de la acción

específica que aparece como un momento lógico de la división del sujeto y un verdadero germen de esta “*ilusión de unidad*” que se instala de aquí en más en todas las vicisitudes del narcisismo.

El juego, verdadero acto que acontece también como acción psíquica, implica esta doble producción: abarcar la realidad y el nacimiento del fantasma. Fantasma que entroniza en su repetición una cierta capacitación simbólica en la medida que lo que está en juego es la estructura edípica. El juego, en su carácter de presentador-figurador realiza, hace marca o releva en el sentido de la *aufhebung* y habilita el pensamiento.

G. Rosolato (12), plantea que “*todo el juego del niño consiste en vivir, experimentar la potencia de los signos*”. Y es en esta experiencia que compartimos desde varios esquemas referenciales que Winnicott ubica el espacio potencial y la experiencia cultural. Pero, creo que esta experiencia de juego, ámbito donde se juega también la simbolización sólo puede ser efectiva en tanto lo simbólico preexiste a la experiencia.

En la medida, entonces, que lo que está en juego es el deseo, no podemos plantearnos la importancia del concepto de ilusión sino articulado con su opuesto, la desilusión, pues es entre ambos que acontece un verdadero trabajo psíquico que, por otra parte, algunos autores equiparan al trabajo del duelo.

Se vuelve entonces necesario retomar algo que dejamos planteado más arriba en torno a las peripecias del deseo. Tomando el juego del niño como efecto y efector de organización psíquica, me planteo que en él acontece una realización” del sujeto de deseos (sujeto psíquico, sujeto del inconciente).

Cuando en el sueño hablamos de realización de deseos, sabemos que se trata de una realización siempre vicariante; realización que en realidad es imaginarización y no verdaderamente satisfacción del deseo.

Deberíamos hablar, pues, en el sueño de la realización psíquica de la imagen o de la realización de lo imaginario. Realización verdaderamente acontecida como vivencia que puede llegar a hacer despertar al sujeto que sueña, de miedo, de angustia o de placer.

El niño jugando, donde se realiza la imagen ofrecida al otro de su Juego, donde se imaginariza como realización la fantasía, transcurre entonces entre realizaciones de

deseos, organizadas en fantasías preconcientes y actualizaciones (de acto y actual) concientes que no hacen sino significar un deseo inconciente. Y en ellas la ilusión se hace carne.

Es en estas peripecias encamadas donde el desear y el saber se anudan desde lo estructural que implica la relación con el otro. Y, como señalaba Freud, el enigma o lo enigmático es constitutivo de la experiencia misma de lo vital, no sólo por la indefensión en que nace el ser humano, sino por la radical división que acontece desde que nace a la relación con el otro.

El enigma, decía, de lo que el otro quiere para nosotros (o no quiere) se ordena tanto como creencia o como desconocimiento. Hay preguntas, interrogantes, que pueden llenarse de respuestas y que dan origen así a las creencias.

Lo enigmático que proviene de la estructura, como recién veíamos, insiste y no es fácilmente obturable, aunque las creencias como respuesta al interrogante tienen mucha fuerza y pueden volverse convicciones. Sin embargo, también conducen a producciones que el sujeto recoge como polivalente registro de los interrogantes universales.

La Esfinge tebana que encarna las preguntas no hace sino representar precisamente el enigma de la vida y de la muerte. Y Edipo, el que “sabe” responder, en realidad coagula su destino volviéndose rey y esposo de su madre.

Así el yo, creyendo que sabe, en su función de desconocimiento, es en realidad triple vasallo, como señalaba Freud. El enigma entonces, que también nos acerca a un lado imposible de ser representado, se emparenta con el ombligo del sueño o lo real.

Esta función de enigma, estrechamente emparentada entonces con el deseo inconciente, mueve, moviliza, hace cadena, encadena. Pienso que las creencias -y en ellas ubico también a las teorías sexuales infantiles- tienen que ver con las respuestas. Las preguntas, entonces, provienen de la estructura y de la fuerza del deseo... de saber. Y con ellas, la ilusión, la aspiración, como efectos del deseo, como imaginización intensa que también conlleva la idealización, los ideales. Las creencias que proponía más del lado de las respuestas, imprescindibles en la infancia, se van desvaneciendo, desarticulando, se pierden naturalmente, como lo hace el objeto transicional.

La ilusión, entonces, como contrapartida natural, está presente en toda organización lúdica, mental o fáctica, del deseo en la prosecución de la satisfacción.

Etimológicamente (4), la palabra ilusión en estrecha relación con la imagen, remite al cuerpo, al juego, a lo brillante, a lo iluminado del saber y la ilustración. Pues ilusión deriva de *muslo* (engaño), que viene de *iludere* (engañar, ilustrar, iluminar) que a su vez proviene de *ludere* (jugar, jugar, jugando, pasando por retozar amorosamente, yacer carnalmente: *luyir* o *luir*). Juegos maternos, impronta de la seducción, marcas iniciales de la sexualidad, que se realizan a través de la relación madre-bebé.

Brillo y saber que se enlazan en el jugar, crear-inventar, con el yacer, con la seducción y el engaño y el no saber de la ilusión. Las creencias, la ilusión, con su lado de engaño o de error dicen la verdad., del sujeto del inconsciente y de la estructura edípica que lo constituye. Es la trama donde la castración es lo trabajado entre desmentida y represión.

El niño Anna con argamaza de ilusión una unidad inexistente. Creo que éste es un aspecto nodal en el abarcado de la ilusión, donde precisamente esta frase -Ilusión de unidad- adquiere consistencia y se vuelve necesario incluirla como concepto fundamental en tomo a la estructuración psíquica. Tomo esta frase de Marion Milner (10), en ese hermoso trabajo: *El papel de la ilusión en la formación de símbolos*.

En este trabajo, la autora reúne la ilusión de unidad con una organización narcisista primaria efectiva, “*que se efectúa gradualmente en el momento apropiado*”. También queda de manifiesto en el texto la importancia de sostener la ilusión como realidad-irrealidad, desde la función materna o paterna.

Creo que es este ámbito de ilusión-narcisismo en el que se basa toda la propuesta de Winnicott sobre la producción del objeto (crear el objeto que le presenta la madre). Este ámbito de ilusión es una forma de hacer presente la experiencia de afirmación (re-uniión, Eros) en relación dialéctica con la des-uniión, la pérdida, la desilusión (la negación).

La ilusión en D. Winnicott

D. Winnicott (13, 14) plantea que “*gracias a una adaptación (...) la madre ofrece al bebé la oportunidad de crearse la ilusión de que su pecho es parte de él*”. Para el autor el bebé crea el pecho una y otra vez, generando un área de ilusión, donde los fenómenos transicionales serán “*las primeras etapas del uso de la ilusión*”.

Winnicott vincula la ilusión con creer en una realidad exterior que corresponde a su propia capacidad de crear. La ubica como una “*zona de experiencia que no será atacada*”, donde no debe ser planteada la pregunta de si es creado o si viene de afuera.

También subraya la importancia esencial de la continuidad, de la permanencia de ciertos elementos de] ambiente emocional y de los objetos transicionales.

Además, señala que “*los objetos y fenómenos transicionales pertenecen al reino de la Ilusión que constituyen la base de Iniciación de Inexperiencia*”. En esta peripecia donde se necesita la aceptación de la paradoja, Winnicott describe un tránsito desde la fusión con la madre a la separación.

Este aporte winnicottiano del área de la ilusión y de la transicionalidad es, sin duda, un enriquecimiento esencial para el psicoanálisis. El autor la ubica como la zona intermedia “*entre la creatividad primaria en torno a la percepción objetiva basada en la prueba de la realidad*”. “*Los fenómenos transicionales representan las primeras etapas del uso de la ilusión*”. (14, pag. 29).

Aporte mayor del psicoanálisis, puesto que permite pensar momentos lógicos de discriminación yo-no yo, madre-bebé, salidas de la relación dual con la ubicación de un espacio tercero entre ambos.

Pero tal vez esta área de ilusión no sea el principal objetivo del encuentro, sino que ya sería un resultado de la “*experiencia*”, como la nombra Winnicott. Porque pienso que esa oportunidad de “*crearse la ilusión de que el pecho es parte de él*” implica un deseo del objeto (necesidad, demanda, deseo), que lo asista, que lo cuide, que lo alimente. Demandas que, en última instancia, son siempre demandas de amor.

Si necesita crear el objeto es porque ya no lo tiene (el encuentro del objeto es

siempre un re-encuentro, como dice Freud), lo crea o en todo caso lo recrea, como expresión de este deseo, que es demanda y que implica pregunta en el sentido de que lo enigmático es siempre la respuesta del otro.

Si hay ilusión como producto de experiencia y como acto psíquico, allí está implicado un deseo, una fantasía, con todo el carácter de ilusorio en su realización. Tal vez podamos pensar esa área esencial como la introduce Winnicott en la medida que ubiquemos allí movimientos de ilusión-desilusión en un imprescindible juego dialéctico. En ese sentido, suscribimos la idea de “zona de *experiencia*”, puesto que allí es esencial el deseo del otro para habilitar la ilusión.

Es precisamente un trabajo sobre la ausencia de lo que se trata; presencia-ausencia del “pecho”⁷, del otro, o mejor: del otro y sus cuidados, que en última instancia hacen presente el deseo del otro.

Si pensamos esta área, como lo hace el autor ahora en torno al objeto transicional, nos parece sugerente toda la importancia que le otorga al manipuleo del objeto o a la necesidad del mismo, así como las diversas experiencias afectivas que propone como “*cualidades especiales de la relación*”. Nos propone aquí que “*lo que importa no es tanto su valor simbólico como su realidad*”.

Retomo estas ideas para continuarlas un trecho más, en el sentido de que estos elementos nos afirman precisamente en la importancia de tal objeto, no como un objeto natural, sino *como un modo de mostrar o de objetivar un momento de la simbolización* donde el otro paso que es una abstracción mayor aún no se ha cumplido; se hace necesaria una apoyatura. Se trata, en realidad, de un significante materno encarnado, verdadera metonimia de los cuidados maternos, con todo el valor que encierran estos momentos icónicos de la simbolización en torno a la imagen. Aquí, lo visual, lo táctil y lo olfatorio se reúnen en torno a este objeto metonímico y en parte metafórico que hacen al concepto de metáfora viva mencionado anteriormente. Cuando el objeto transicional desaparece, podemos hablar de una simbolización lograda, de un trabajo sobre la ausencia cumplido.

⁷ Resulta singular y apropiado el concepto de pecho como lo trabaja Winnicott en la llamada a pie de página de la pág. 29 de este texto, donde define la palabra *pecho* tanto para denominar la técnica de la crianza como la carne real. (13)

Este paso semiótico de la simbolización es lo que denomino “espacio-tiempo *de la metáfora viva*”, espacio de la simbolización aconteciendo. Se trata siempre de aparición y desaparición, donde se necesita la “magia” para controlar la angustia, y donde la madre debe ser capaz de permitir el juego de la ilusión. Organizar ese espacio tercero transicional: en mi propuesta, permitir que ese espacio de metáfora viva posibilite el camino metonímico y encarnado del deseo -del objeto (el otro), en los objetos (juguetes)- y habilite en algún momento, siempre puntual, el salto metafórico.

Entiendo que no es necesario empujar o compeler al niño en la creencia, violentarlo con ella, pues es suficiente con su indefensión física y psíquica para instalarse en ella. Es el placer de la representación (como lo he señalado en otro trabajo) lo que surge como compensación” de las ilusiones que se pierden, de las creencias que se abandonan, de los fantasmas que se transforman. Creo que en esto importa subrayar que el goce no quede en la desmentida, pues entiendo que éste es el riesgo de la ilusión. El jugar es procesamiento de simbolización de la ausencia y es trabajo psíquico. Allí están entonces implícitos los mecanismos defensivos (desmentida, represión, negación, etc.), testimonios del conflicto psíquico. SI en esa área tercera winnicottiana aparece el juego, la creación psíquica, no es o deja de ser (en realidad nunca lo fue) área libre de conflicto, sino que su radical incompletud es lo que lo lleva hacia adelante. Pero es la muerte como ausencia que es intolerable y no representable, y por eso hay que jugar con ella para que surja el símbolo, que es en última instancia el testimonio de la ausencia.

Por ello, creo que importa no sólo el objeto sino el acto psíquico que implica una experiencia con la ausencia que deriva en una representación.

El objeto transicional se vuelve el testimonio puntual de una demanda y de una respuesta a la demanda (cuidados maternos, abrigo y comida, frazadita o chupete). Y ese acontecimiento que lleva implícita la indefensión, ese acontecimiento de demanda y respuesta, implica la posibilidad del pensamiento.

Es área de creación siempre que el deseo dual y fusional no se entronice. Es área de creación en tanto se le abre camino al deseo, a través de la respuesta del otro. La experiencia no entroniza la ilusión, sino que por el contrario la transforma. De ilusión a desilusión, cada vez, no para crear displacer sino para permitir el relanzamiento del

deseo.

Cristina López de Cayaffa (8) señala que “*la erogeneización de la madre sobre su hijo es un desequilibrio libidinal*”, y habla entonces de «*un equilibrio que es siempre buscado, y es encontrado para ser perdido*”.

La ilusión por ser primero de unidad le cabe el riesgo de entronizar un dual coagulado, la no diferencia. Las creencias ya están sostenidas por la diferencia (de género, no de sexo) y me refiero más específicamente a las teorías sexuales infantiles.

Pero en la ilusión también está presente la idea de expectativa esperanzada de anhelos, de realizaciones de deseos. Y esta perspectiva de la ilusión nos lleva de la mano a los ideales y su interjuego con la idealización.

Desde una mirada conceptual, “*toda la unidad del concepto de ilusión que trabaja en cotejo con la percepción de la imagen, reside en un juicio de valor implícito*” (destacados míos), (9) según Marsal (citado por Lalande).

La fuerza del concepto reside en la importancia del ámbito narcisista en que se desarrollan la ilusión y la creencia, y pienso que este ámbito es lo que aporta el juicio de valor implícito. En el título del trabajo incluía la Verdad, junto a la Creencia y la ilusión. Creo que ellas son testimonios fieles de instantes de estructuración, donde deseo y defensas organizan las instancias. De allí que hablan de algo tan verdadero como lo son los avatares del deseo.

Los ideales conllevan la peripecia identificatoria entre yo ideal e ideal de yo, que decantan la experiencia de la relación con el otro (ambos padres).

Los ideales también interjuegan con la idealización. *En ella* se mantiene la ilusión de unidad originaria y puede insistir y persistir como creencia o como trastocamiento de ilusión a idealización. Y esto siempre conlleva el riesgo de la desviación a la mística, la sugestión, la religión o el dogma. De todas maneras algo de este destino también persiste en los mitos.

La ilusión por ser, como veíamos, de unidad, puede conducir a la no discriminación

y determinar fantasías idealizadoras o mágicas (omnipotencia de pensamiento).

La magia se apoya en la imagen, en lo que se da a ver y, como señala D. Bounoux (1), “es por esta presencia real que la imagen obtiene su misteriosa eficacia, su magia”; así, el autor juega con la homofonía de imagen y magia.

Podemos hablar de la eficacia de la imagen, de la fuerza de lo imaginario, presentificadora de afectos y efectos, en iconos, índices o símbolos, siempre que esté sostenida en un procesamiento simbólico.

La magia cabe en la imagen en la medida que el significante verbal no la ha capturado totalmente: captura que no hace más que remitir un significante a otro para hacer emerger sentidos. La imagen, tal vez, se defiende de la castración porque presentifica, presenta una realización de deseo. La magia siempre encierra la ilusión de poder con la vida y con la muerte, siempre hace presente en algún instante el poder de la desaparición. La magia implica, entonces, el control de la ausencia, no su elaboración.

Necesitamos del borde entre la ilusión y la desilusión para que acontezca el placer de la representación, que es creación y ésta, como señalaba antes, abarca el pensamiento, el fantasma, el sueño, el juego o el síntoma.

El campo de la ilusión, para Winnicott, se define como fuera (previo) a la pulsión y de algún modo, por ello, el área transicional es nombrada como fuera de conflicto, área neutra que no debe ser contestada...

Siempre he pensado que las paradojas winnicottianas no hacen sino poner de manifiesto la división del sujeto: es decir, la presencia del inconciente y el yo en su función de desconocimiento. Porque un posible deslizamiento desde el pensamiento de Winnicott es el que lleva a pensar que al ser un área libre de conflicto no debe ser contestada y la pregunta no debe ser formulada, surgiendo entonces la ilusión como obturadora del enigma. Sin embargo, sabemos bien que la ilusión no impide el deseo de saber (siempre transgresor), sino que lo sostiene. Pensemos en los interminables “por qué” del niño que aparecen muy tempranamente y que están profundamente enlazados a que lo enigmático es siempre el otro, el cuerpo de la madre, el deseo de la madre y sus límites.

Desde el comienzo de estas notas me planteaba lo enigmático, lo desconocido, como efecto de la división del sujeto y, por ende, como elemento consustancial a la estructuración psíquica.

La ilusión, por su parte, aparece desde el comienzo como un resto que atestigua de la no satisfacción del deseo y que expresa, en una especie de salida hacia adelante, la persistencia del mismo.

Y creo que con ello no aminoro en nada el valor de la Ilusión, porque siempre estamos enfrentados a temas que transitan por nuestros límites, el no-sentido que nos acosa desde lo que ignoramos de nosotros o desde nuestros síntomas. Por ello, imaginarizar, ilusionar-se, nos resulta un viejo bienestar

Entre cuerpo y palabra también está lo imposible de decir, aunque para que ello hable se necesita la palabra y el cuerpo del otro.

Si la frase del poeta que torna M. Milner en su texto nos llega tan profundamente es porque, precisamente, esa articulación mencionada siempre produce efectos. Retomo, pues, de M. Milner la cita de Yeats: “*pisa con suavidad porque estás pisando sobre mis sueños*”.

Bibliografía

1. BOUGNOUX, Daniel: *L'efficacité iconique*. Nouvelle Revue de Psychanalyse, “Desins de l' image”, p. 277. No. 44, 1991.
2. CASAS DE PEREDA, Myrta: *Juego y simbolización*. Correo de FEPAL, “El símbolo, lo simbólico y la simbolización”. Montevideo, Uruguay, 1992.

3. CASAS DE PEREDA, Myrta: *Estructuración Psíquica*. Revista Uruguaya de Psicoanálisis No. 76, "Malestares". Montevideo, Uruguay, 1992.
4. COROMINAS, Joan: *Breve diccionario etimológico de La lengua castellana*. Ed. Gredos, 1973.
5. FLO, Juan: *Imagen, Icono e Ilusión*. Universidad de la República, Facultad de Humanidades y Ciencias. Montevideo, Uruguay, 1989.
6. FREUD, Sigmund: *El porvenir de una Ilusión* (1927). Obras Completas, Tomo XXI, Amorrortu Editores.
7. LALANDE, André: Vocabulario técnico y crítico de La Filosofía, p. 200. Ed. El Ateneo, 1966.
8. LOPEZ DE CAYAFFA, Cristina: *Los albores del conocer*. En: publicación del XXI Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis, FEPAL, 1992.
9. MARSAL, M. Citado por Lalande, André: *Vocabulario técnico y crítico de la Filosofía*, p. 482. Ed. El Ateneo, 1966.
10. MILNER, Marion: *El papel de la ilusión en la formación de símbolos*. Nuevas Direcciones en Psicoanálisis, Ed. Paidós, 1965.

11. ROSOLATO, Guy: *Elements de l'interprétation*. Ed. Gallimard, 1985.
12. ROSOLATO, Guy: *La Relación de Desconocido*. Ed. Petrel, 1981.
13. WINNICOTT, D. W.: *Realidad y juego*. Granica Editor, 1972.
14. WINNICOTT, D. W.: *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. Ed. Laia, 1958.